

# PAUL THEROUX

## En el gallo de hierro

Viajes en tren por China



En 1986 Paul Theroux decidió viajar a China aprovechando un año sabático. Su instinto le decía que un país tan enorme sólo puede conocerse «sin despegar los pies del suelo». Y se propuso atravesarlo viajando sólo en tren.

De Mongolia a Pekín, de Pekín a Shanghai, de Shanghai a Cantón, y de allí hacia el norte y por todo el interior del país, Theroux recorrió miles de kilómetros. El resultado es un itinerario palpitante de detalles y anécdotas, en la mejor tradición del reportaje literario, que muestra sin tópicos ni folclorismos la realidad profunda de China.

*Para Anne*

El campesino ha de estar largo rato en la ladera de la colina y con la boca abierta antes de que un pato asado pase volando.

PROVERBIO CHINO

Los movimientos que dan lugar a las revoluciones del mundo surgen de los sueños y las visiones del alma de un campesino situado en la ladera de una colina.

JAMES JOYCE, *Ulises*

## Nota del autor

Al principio de mi estancia en China, 1 dólar equivalía a 3 yuanes y durante mi estancia se convirtió en cerca de 4 yuanes. Los equivalentes en libras esterlinas que aparecen en el texto se basan en un cambio aproximado de 1,60 dólares por libra.

## 1

## El tren a Mongolia

La inmensidad de China te maravilla. Más que un simple país, parece todo un mundo. «Todo bajo el cielo» (*Tianxia*) era una de las expresiones que los chinos empleaban para designar su imperio, y otra decía: «Todo entre los cuatro mares» (*Sihai*). Actualmente la gente viaja a China de compras o porque dispone de una semana libre y del dinero para el billete de avión. Yo decidí ir porque disponía de un año libre. El proverbio chino que dice: «Siempre podemos engañar al forastero» se convirtió en un reto personal. Mi primer objetivo era llegar a China sin quitar los pies de la tierra. También quería pasar una temporada en China, con los pies en el suelo, recorriendo todo el país.

El ferrocarril fue la solución. Era el mejor modo de viajar a Pekín desde Londres, donde casualmente me encontraba. Tenía la impresión de que todos los relatos modernos de viajes por China que había leído estaban debilitados por el *jetlag*: una desafortunada combinación de fatiga e insomnio. «Estábamos muy cansados» es el comentario compartido por los que viajan a China, los admiradores de monumentos y los buscadores de gangas. Ese deseo de reposar podía ser enloquecedor en un país donde toda la gente rebosa vitalidad. ¿No era ése el objetivo eterno de los chinos... que siempre están en movimiento? Aún siguen estándolo después de cinco milenios ininterrumpidos de civilización. Una de las lecciones de la historia china es que nunca saben cuándo detenerse.

Había estado en China en el invierno de 1980. Me pareció una nación lúgubre y agotada, llena de trajes azules holgados y de consignas poco convincentes escritas en pancartas rojas. Si comentabas: «Me parece que esas personas deberían usar algo más que zapatillas de lona en medio de la nieve y el hielo», te contestaban que eran afortunadas y que antaño andaban descalzas. Todo el país había adquirido un tono marrón oscuro a causa del hollín y el polvo. Había pocos árboles. Salí a observar aves y sólo vi cuervos, gorriones y ese tipo de sucias palomas que semejan ratas voladoras. Los chinos se llevaban a la boca los pájaros más raros.

Por aquel entonces los chinos señalaban en medio de la llovizna el sitio donde una fábrica escupía humo al final de un camino enfangado, donde personas encorvadas arrastraban carretillas cargadas de hierro colado y decían: «En otra época aquí no había más que prostitutas, elementos indeseables, apuestas, luces chillonas y salas de baile.» Esperaban que te alegraras de que esa pecaminosa frivolidad hubiese desaparecido y que las fábricas te fascinasen, pero yo me limité a suspirar. Vi las jóvenes que se destruían en las fábricas, que destrozaban sus bonitos dedos en los telares de madera o que perdían la vista haciendo rebuscados bordados en «punto prohibido». Bajaban la voz cuando mencionaban a Mao. Conmovidos y agobiados por el trabajo, decían: «Debido al éxito de la gran Revolución Cultural proletaria...» Y me servían comidas que reventaban las entrañas.

A su regreso de China, los norteamericanos decían: «¡La acupuntura! ¡No hay moscas! ¡No aceptan propinas! ¡Te devuelven las cuchillas de afeitar usadas! ¡Trabajan como bestias! ¡Se comen a los gatos! ¡Son tan animados!» Y hasta loaban al presidente Mao, ignorando que muchos chinos estaban íntimamente hartos de él.

Eso era el pasado, dijo mi hermano Gene, y añadió que sería una tontería por mi parte no ir ahora. China se había

convertido en un sitio distinto y cambiaba de un día para otro. Gene sabía de qué hablaba: desde 1972 había viajado 109 veces a China en su condición de abogado... uno de los nuevos *taipan*. En esta ocasión decidí ir en primavera. Se decía que también sería una nueva estación en todos los demás sentidos. Me repetía para mis adentros: gente nueva, nuevos escenarios... aire fresco y el placer del anonimato. Existían dos modos de hacerlo: al estilo del poeta inglés Philip Larkin, quien decía: «No me molestaría ver China si pudiera volver el mismo día», o mediante la inmersión total.

Mi plan consistía en tomar el tren en Londres, ir a París, seguir rodando, poner rumbo a Alemania y Polonia, hacer tal vez un alto en Moscú, coger el transiberiano, apearme en Irkutsk, subirme al transmongol y pasar el primero de mayo en Ulan Bator. El camino a China se cubría, básicamente, con el tren de Mongolia. Atravesaba lentamente la frente ancha de Asia y luego descendía hasta uno de sus ojos: Pekín.

Me parecía que sería relajante llegar a Mongolia por esos medios. Y también me proporcionaría la sensación de haber logrado algo. Leería, tomaría notas, comería regularmente y miraría por la ventanilla. Me imaginé en el coche cama, leyendo *Elmer Gantry* y oyendo el eco del ulular del silbato del tren en las estepas al tiempo que pensaba: «pronto habré llegado...», mientras me cubría con las mantas hasta la barbilla. Y un buen día abriría la persiana, vería a un yak en medio de una inmensidad de arena parda y sabría que era el desierto de Gobi. Uno o dos días después el paisaje se tornaría verde, la gente estaría sumergida hasta las rodillas en los arrozales, cubierta con sombreros como pantallas y todo lo demás, y yo descendería del tren en China.

No fue tan sencillo. Nunca lo es, de modo que se impone una explicación: este libro. Tuve la suerte de equivocarme y el error es la esencia del relato del viajero. Lo que me



había parecido la forma más sencilla de llegar —ocho trenes desde Londres hasta la frontera china— resultó peculiar e inesperada. Por momentos pareció un auténtico viaje, lleno de satisfacciones y descubrimientos portentosos. Con más frecuencia tuve la impresión de que en Londres había puesto el pie en falso y caído por una escalera larguísima, tal vez una de esas escaleras infinitas pintada por un surrealista, y caí, paf-paf-paf, atravesé el rellano y volví a caer, paf-paf-paf, hasta que en mi caída recorrí medio mundo.

No viajé solo... tal vez sea éste el porqué. En Londres me uní a un viaje organizado compuesto por veintipico personas viejas y jóvenes. Pensé: «seré invisible, me colaré en este grupo de personas...», y nos largaríamos, sonriendo y hablando pausadamente mientras el aguanieve azotaba las ventanillas. Era poca mi experiencia en viajes organizados. Ignoraba los hechos más elementales: que los ingleses hacen viajes organizados para ahorrar dinero, y parejas mayores como los Cathcart dirían: «Lo pasamos tan bien el año pasado cuando fuimos por tierra a la India, y en Irán preparamos el té en el fondo del autocar.» No sabía que los jóvenes ingleses hacían viajes organizados a sitios como el embalse hidrográfico de Bratsk para emborracharse con vodka barata ni que Europa oriental estaba plagada de enfermeras de Birmingham.

Los norteamericanos realizaban ese tipo de viajes para conocer a otras personas y me mostraron instantáneas de viajes anteriores.

—Los del sombrero de paja son los Watermule, de San Diego. Una pareja deliciosa. Aún nos envían tarjetas de Navidad. Fue en el viaje a las Galápagos. Ya son abuelos. Éste es su hijo Ricky, todo un experto en semiconductores.

Los norteamericanos también realizaban esos viajes organizados para comprar. La compra parecía el único objetivo de sus viajes. Sinceramente, yo no lo sabía. Parecía un motivo tan válido como cualquier otro, mucho mejor que ir a Rusia para empinar el codo. Y estaban los australianos, y

en cualquier lugar del mundo que veas australianos, siempre tienes la impresión de que van de regreso a su tierra.

La otra cuestión que ignoraba sobre los viajes organizados era la absoluta falta de intimidad. Todo consistía en intercambiar nombres e información, casi desde el principio, y si olvidabas sus nombres te los recordaban. En su mayoría eran parejas: los Cathcart, los Scoons, Cyril y Bug Winkle, los Westbetter, los Wittrick, los Gurney; y los individuos, que tenían un aspecto algo tristón e indefinido y se mostraban muy ansiosos: Wilma Perrick, Morris Least y su amigo Kicker, un viejo californiano que se hacía llamar Blind Bob, un sonriente londinense barriobajero llamado Ashley Relph y un hombre que sólo se dio a conocer como Morthole. También estaba la señorita Wilkie, que no soportaba la menor broma y que era de Morningside, en Edimburgo. Y estaba el jefe, el señor Knowles. Él era Chris y yo Paul. Preferían los nombres de pila y jamás me preguntaron mi apellido.

En Londres, Ashley Relph dijo que estaba interesadísimo en llegar a Hong Kong, parpadeó y murmuró:

—Me han dicho que en un lugar de Hong Kong se consigue un modelo natural, en látex, de tu picha. Lo hacen en una de esas tiendas chinas. Cuesta alrededor de cinco libras.

Morris Least era de Arizona y viajaba con su antiguo compañero del ejército, un hombre que hablaba a voz en cuello y que insistió para que lo llamásemos Kicker. Kicker había estado en la guerra. Le habían puesto una placa de metal en el cráneo. Morris y Kicker llevaban chaquetas y zapatos a juego. Lucían el mismo tipo de sombrero a prueba de golpes. Los dos veteranos norteamericanos rondaban los setenta años y, pese a su mal humor, coincidían en todo. Tuve la sensación de que esos hombres habían ingresado en un tipo de matrimonio profundo.

—Nunca estuve en Europa —dijo Kicker—. Sorprendente, ¿no? Tanto como que pasé veintidós años en la infante-

ría de marina y nunca vi Europa. Pero estuve en China, allá por el cuarenta y seis.

Tenía los dientes torcidos... y una sonrisa cruel. Le pregunté qué era lo que más deseaba hacer en Europa.

—Ver la *Mona Lisa* —respondió—. Y probar la cerveza.

—Me han dicho que China es limpia como una patena —comentó Rick Westbetter.

—Y a mí me han dicho que es sucia —intervino la señorita Wilkie.

—¡Pero Londres es limpia! —exclamó Rick, deseoso de complacerla.

—Londres es un desastre —puntualizó la señorita Wilkie, y le recordó que procedía de Edimburgo.

—Para nosotros Londres es una ciudad limpia —dijo Rick y cogió a su esposa de la mano.

Millie era el nombre de pila de la señora Westbetter. Tenía sesenta y tres años y calzaba zapatillas deportivas. Los Westbetter formaban una de esas parejas algo mayores que siempre van cogidas de la mano y nunca sabes a ciencia cierta si son felices o si te están desafiando.

—Es lógico que a ustedes les parezca limpia —dijo la señorita Wilkie—. Los criterios de los norteamericanos son menos exigentes que los nuestros.

Bella Scoons preguntó con su tono gimiente del oeste de Australia:

—Señorita Wilkie, ¿adónde va?

—A Hong Kong —respondió la anciana dama.

Todos pensamos: dieciséis mil kilómetros y seis semanas así. ¡Ostras!

Al menos yo lo pensé.

Los Scoons eran de Perth, al otro lado de Australia. Bella medía siempre las distancias comparándolas con la que había hasta Kalgoorlie. La distancia de Londres a París equivalía a la ida y la vuelta a Kalgoorlie. El viaje a Berlín era

«hasta Kalgoorlie, la vuelta y de nuevo a Kalgoorlie». Moscú representaba siete viajes a Kalgoorlie. En una ocasión la oí mascullar mientras calculaba la distancia hasta la ciudad siberiana de Irkutsk y concluir: «Y de vuelta a Kalgoorlie.»

Cuando aquel lluvioso sábado de abril salimos de Victoria Station, Bella comentó con su marido Jack:

—Es menos que a Kalgoorlie.

Se refería a la distancia que nos separaba de Folkestone.

Habíamos desayunado en el hotel Grosvenor. Los norteamericanos ocuparon la misma mesa y los australianos otra; los británicos utilizaron dos y tres viejos desayunaron solos y en silencio. En una mesa apartada había una pareja con vestimenta de excursionistas: mochilas, bolsas de bandolera y cámaras fotográficas. Mientras desayunaba pensaba: «¿Será un error?» Uno de los viejos me miraba. La forma en que me observaba hizo que me sintiera muy incómodo hasta que me di cuenta que llevaba unas gafas muy gruesas y que tal vez no me observaba sino que miraba a través de sus lentes del mismo modo que la gente mira por la ventana los días lluviosos.

Cuando subimos al tren me senté junto al viejo. Dijo:

—Este viaje es muy importante para mí. El oculista me ha dicho que estoy a punto de quedarme ciego y que si quiero hacer algo antes de perder la vista, debo hacerlo este año. Muchacho, por eso viajo a China y pienso mantener los ojos bien abiertos. Caray, supongo que es mi última oportunidad y, caray, pienso aprovecharla.

Me contó que lo apodaban Blind Bob y que era de la californiana Barstow. Cuando eché un vistazo al vagón me di cuenta de que yo formaba parte de un grupo numeroso y de que no conocía a nadie. Tendría que basarme en sus rostros. Por suerte los rostros dicen mucho, al menos los de mis compañeros de viaje. Lo que vi me inquietó bastante.

A través de las ventanillas del tren contemplaban las casas y las casas les devolvían sus miradas. Uno de los aspec-

tos desconcertantes de un viaje en tren consiste en que las viviendas próximas a las vías parecen estar de espaldas al viajero: ves entradas de servicio, desagüaderos, cocinas y coladas. De todos modos, son más reveladores que pórticos y jardines. Lo deprimente sobre los suburbios londinenses no es su aspecto sórdido, sino que además parecen eternos. Alivia mirar el interior de esas casas y ver las vidas que se viven: el hombre que pinta el cuarto de baño, la mujer que da de comer al gato, la chica que se cepilla el pelo en el piso de arriba, el niño que sintoniza la radio, la vieja con la nariz metida en el *Express*. Está mal pasar en tren y no desearles suerte. Ignoran que los escudriñan. Una de las paradojas del ferrocarril es que los pasajeros ven a la gente de las casas, pero ésta ni siquiera distingue a los viajeros.

Cruzamos el Canal de la Mancha en transbordador. Morris y Kicker recordaron el Día D, los desembarcos en Normandía y que las tropas estadounidenses se llevaron la peor parte.

El mar tenía un aspecto plomizo y rompía contra el transbordador. El viento del noreste era frío. Sopló violentamente en el muelle cuando desembarcamos y arrastramos los pies por la aduana para que miraran nuestros pasaportes. Nos registraron el equipaje.

En Boulogne los integrantes del viaje organizado se entretuvieron gritando: «¡Pasajeros al tren! ¡Pasajeros al tren!», y me encontré sentado junto a una inglesa gorda, totalmente calva y con mitones que me dijo que pensaba emigrar a Nueva Zelanda. Se llamaba Wilma Perrick y rondaba los treinta y dos años. Dijo que acababa de perder su empleo. Parecía muy apenada y estuve a punto de solidarizarme con su calvicie cuando se inclinó y preguntó:

—¿Qué escribes?

Cuando el tren de París arrancó, el individuo llamado Morthole comentó:

—Probablemente os preguntabais qué hacía entre las vías.

Nadie se lo había preguntado. Nadie lo había visto. Además, ¿con quién hablaba Morthole?

—Recogía piedras —prosiguió—. En todos los países cojo piedras. Oídme bien, en muchos sitios es ilegal... por ejemplo, en el polo Sur. Pero yo tengo algunas piedras del polo Sur. Por eso podrían meterme en chirona. Tengo ejemplares de todas partes: Canadá, Ohio, Londres. Son del tamaño de una pelota de golf. Tengo centenares. Según parece, soy una especie de geólogo.

En Elmer Gantry leí:

Encajados entre los grandes cantos rodados (de la chimenea) estaban los guijarros rosas, pardos y de color tierra que el buen obispo había recogido en todo el mundo. «Esta piedra —trinaba el obispo mientras te guiaba por la estancia—, es de la orilla del Jordán; esta otra es un fragmento de la Gran Muralla china...»

El gélido viento del este que por la mañana había cruzado el canal dejó caer una capa de nieve en Picardy. ¡Nieve en abril! Apenas cubría las laderas, cual sábanas largas y rasgadas, y la tierra se divisaba en negras vetas. Dio un aire espectacular a ese paisaje vulgar —el mismo aspecto que tiene Nueva Jersey cuando hace mal tiempo—, puso de relieve casas y cercas e introdujo una especie de cubismo en aldeas que de lo contrario habrían sido perfectamente olvidables. Cada lugar se convirtió en un pequeño y congelado retrato en blanco y negro.

Tuve la impresión de que ese recorrido ferroviario estaba necesitado de algunas variaciones. Parecía que, a su paso por allí, tantos viajeros habían visto esas colinas y esos pueblos que la contemplación los había desgastado. Para mí uno de los atractivos de China consistía en que había estado cerrada durante tanto tiempo a los extranjeros que hasta la vista más trillada de una pagoda resultaría novedosa y en la lejana Xinjiang el viajero podía sentirse como Marco Polo, pues hacía años que un forastero no ponía los pies allí. Pero esta zona de la tan viajada Francia estaba

desgastada por las miradas de los turistas y de los que viajaban en tren: la mayoría de los paisajes próximos a las concurridas vías férreas mostraba el mismo aspecto simplificado, como si con el tiempo desaparecieran de tanto ser mirados.

Los miembros del viaje organizado aún no habían llegado a conocerse. También me hicieron preguntas. ¿De dónde era? ¿A qué me dedicaba? ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿Por qué había emprendido ese viaje? ¿De quién era el libro que tenía sobre las piernas? ¿Qué planes tenía para París? ¿Era la primera vez que viajaba a China?

Me llamaba Paul, estaba sin trabajo, me mostré evasivo y... ¿cómo lo expresa Baudelaire? «Los verdaderos viajeros son aquellos que parten por el gusto de partir», y añadía algo acerca de que no sabían por qué, pero siempre decían *Allons!* Una opinión muy atinada para los alrededores de Amiens.

Quise responder a esas preguntas con las frases que le oí decir a un hombre en una cena celebrada en Londres, como respuesta a una mujer machacona: «Le ruego que no me lo pregunte —replicó afablemente—. No tengo nada interesante que contarle. He convertido mi vida en un terrible follón.»

Me abstuve de decirlo porque era un recuerdo triste ya que, unos seis meses después, ese hombre se suicidó. Repetir esas frases parecía aciago e injusto con su recuerdo.

El individuo triste llamado Blind Bob manoseó la tapa de su maleta —su vista era espantosa y tuvo que pegar la nariz al cierre— y sacó dos rollos de papel higiénico.

Los viajeros le preguntaron para qué los quería... ¿pensaba utilizarlos en Europa?

—En China —replicó.

Opté por no decir que el profesor Needham había demostrado que los chinos inventaron el papel higiénico. En el siglo XIV fabricaban papel higiénico perfumado para la familia imperial —el papel medía veinte centímetros cuadra-